



DIRECCION

Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS

EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION!

Plaza de Matute, núm. 2.

LOS MUÑECOS (1)

Entre las infinitas blasfemias que á cada paso están hiriendo nuestros oídos en estos días aciagos; blasfemias proferidas, más que por la impiedad proterva, por el error y la crasísima ignorancia, ocúrresenos hoy traer á cuento la que sin venir al caso salió de los desdichados lábios de un diputado andaluz en una de las últimas sesiones, llamando *muñecos de madera* á las imágenes que á la veneracion pública expone la Iglesia Católica. Disparates hay, y éste es uno, que exigirían para su refutacion completa un tomo en folio; y no precisamente porque el absurdo no sea en ellos manifiesto, sino ántes al contrario, porque encarnando en sí mismos la negacion de una multitud de principios, sería necesario restablecer estos principios, demostrar áun los más inconcusos, y por una série de racionios encadenados con la más severa lógica venir á hacer patente la falsedad, por no decir *imanidad*, de la idea que se combate.—No hay aquí tiempo ni espacio para tanto, ni tal vez la cosa lo merece, porque los modernos iconoclastas no pueden ni aun reclamar patente de invencion, y mucho menos de perfeccionamiento. Bastaría por lo tanto con recomendarles que volviesen á la escuela, ó que á lo ménos pasaran en una biblioteca alguna de las muchas horas que desperdician en el *club* (palabra que, tanto como la cosa, repugna á todo buen español, por ser ambas de mala procedencia extranjera). Bien que para esto último sería necesario auxiliarlos con una lista de los libros que habian de pedir, y de los cuales no conocen, de seguro, ni áun los títulos.

Pero, por otra parte, ¿tanto es necesario saber ni haber leído, para tener *idea* de lo que es una imagen (*imago*) ó una efigie (*effigies*)?—Y adrede subrayo la palabra *idea*, porque la *idea* misma es una imagen, una representacion, como lo prueba la etimología comun, y el parentesco de ambas palabras en la lengua griega:

(1) De la excelente revista *La Defensa de la Sociedad*, tomamos este artículo, oportunísimo y lleno de buenas ideas como todos los del insigne escritor que lo firma.

εἰδέα, εἰδωλον.—Representacion, imagen, efigie, trasunto: palabras son todas éstas universalmente recibidas, y que expresan objetos no ménos universalmente conocidos.

¡*Muñecos de madera!* ¿Está bien seguro el señor diputado de no haber hecho jamás acatamiento, ni demostracion de honra, de veneracion, de admiracion, de amor á ningun muñeco de madera? ó de yeso, ó de bronce, ó de mármol, ó de papel; que la materia poco importa para el caso. Pues que cuando pronunció aquella expresion absurda ¿no estaba S. S. rodeado de muñecos? ¿Y quién sabe si sobre su persona misma no llevará el émulo de Leon Isaurio algun muñeco de papel, ó *muñeca*, que suena todavía peor, á la cual tributa fervoroso culto? Tan extraña cosa sería que guardase sobre su pecho algun medallon de miniatura, ó alguna impresion fotográfica, con la imagen, con la efigie de una madre venerada, ó de una esposa querida? ¿Crearía el ilustre diputado degradarse, ó hacer ridícula figura, poniéndose en contemplacion de tales imágenes, y entregándose á las tiernas emociones que su vista le produjese? ¿Y qué diria oyendo á cualquiera mofarse de él, y motejarle de que llegaba á sus lábios una muñeca pintada?

¡*Muñecos!* ¡Ah! señor y amigo mio (porque ha de saber el lector que el aludido iconoclasta y yo somos en efecto muy amigos), ¿cuántos siglos hace que todas las naciones cultas por tácito acuerdo han reconocido la utilidad, la conveniencia, y hasta el espiritual deleite que resultan de exponer á la pública espectacion esos muñecos, representacion los unos de seres reales y efectivos, cuyos altos hechos merecen conmemorarse, y hasta simbolos ó meros signos los otros de ideas más abstractas!—En medio de la plaza á que da frente el edificio en que S. S. articuló su pueril sarcasmo, se levanta también otro muñeco, y por más señas, mutilado. El Sr. diputado que es soldado y es poeta, más de una vez sin duda se habrá detenido delante de aquel muñeco en contemplacion estática, recordando conmovido al Regocijo de las Musas, y á aquel soldado español que en la memorable jornada de Lepanto ganó gloria inmarcesible, perdiendo el uso de una mano, y lo que es

aún peor, su libertad. De mí sé decir que más de una vez contemplando ese muñeco he sentido nublados de lágrimas los ojos, y eso que no soy lloron en demasía.

Tampoco pasará nunca el ilustre constituyente, á quien con amarga tristeza combato, tampoco pasará, digo, con indiferencia por otro cierto lugar donde otros dos muñecos le recuerdan á otros dos ilustres compañeros de armas que gloriosamente perdieron la vida en defensa de la pátria, en aquellos tiempos en que la voz pátria no significaba bandería política, ni la indisciplina se llamaba *santa*. Hermanos eran de S. S. por el uniforme que tan honrosamente ha vestido; y de seguro que la vista de aquellos dos muñecos, no inspirará en el ánimo de este extraviado adversario de los simulacros, sentimientos de desprecio ni ideas contrarias á tal representacion.

Pero ¿á qué me canso enumerando los infinitos muñecos en que S. S. habrá fijado la vista, y parará todos los días la atención sin que le parezcan ridículos? ¿Ni por qué he de eludir la cuestión principal á que el mismo ilustre artillero me llevaría sin duda, si se dignara leer estos renglones? Desde luego preveo que me diría: «Yo no me burlo de las imágenes, sino de la supersticiosa adoracion que se les presta.»

Muy bien: ¿quiere el diputado socialista que coloquemos el debate en este terreno? Pues á él me voy derechamente. Desde luego convendremos en que la palabra *muñecos*, que es la que yo principalmente impugno, es impropia, injusta, absurda, y como tal, indigna de la recta razon de quien la pronunció.

No, señor diputado: las imágenes son imágenes, no son muñecos; ni más ni menos que la fotografía de su esposa de V., es una imagen, y no una muñeca. Y si V. la contempla con emocion, no es porque incurra en el delirio de creerse cónyuge de un pedazo de papel; y si en ese papel estampa sus labios, sería injustísimo hacer befa de tan natural accion, y sería calumnia el asegurar que V. besaba un muñeco.—«Es que yo amo y respeto el original de esa imagen (me responderá V. acaso).—Hace V. muy bien, porque á ese original yo le conozco, y sé que es muy digno de esos purísimos afectos. No serán de mi mismo parecer acaso, algunos de sus correligionarios de V., los partidarios del amor libre, los que en el ardor de la *santa indisciplina* se arrojan á la profanacion y al ultraje de la casta esposa y de la purísima doncella. ¡Ah! señor diputado, ¿qué diría V. si por desventura (*Deus avertat*) viera á ese caro objeto de sus legítimos afectos victima de tales ultrajes y profanaciones? Digo poco: al atrevido que en presencia de V. ultrajase, no ya al original, sino al retrato, no le dejaría la noble dignidad de V. sin el merecido escarmiento. Y entónces, ¿por qué extraña V. que los católicos se resientan de insultos hechos á las imágenes, á la representacion de objetos *para ellos* tan venerandos?

¿Dirá V. (no lo creo) que respetando creencias que no son las suyas, de lo que se burla es del culto que se tributa á esos muñecos de madera?—Repito que no lo creo: no creo que V. se reduzca al papel de eco trasnochado de la calumnia, tantos millones de veces refutada, que al catolicismo levantan los ateos y los protestantes. Es falso, es completamente falso, es calumnioso que los católicos *adoren* las imágenes: tributar culto no es adorar, y menos cuando la Iglesia ha definido este culto tan clara y repetidamente, que el renovar la acusacion es prueba evidente, ó de ignorancia supina, ó de insigne mala fé. Lea V., mi querido amigo, lea la sesion xxv del Concilio de Trento, y allí encontrará bien positivamente declarado: Que las imágenes de Cristo, de su Virgen Madre, y de los Santos, se han de tener y conservar en los templos y se les ha de tributar honor y veneracion (no dice adoracion, sino honor, como en mayor ó menor grado V. y yo se le tributamos á

los muñecos de Daoiz, de Velarde, de Cervantes, de la grande Isabel la Católica, etc., etc.) «no porque se crea» (dice el Concilio), que en ellas reside divinidad ó virtud alguna, por la cual se les haya de dar culto, ó peñarseles algo, ó fiar cosa alguna de las imágenes mismas, «á la manera que los gentiles en otro tiempo fundaban en los ídolos su esperanza, sino porque *los honores que á ellas se tributan, se refieren á los PROTOTIPOS que representan*».—¿Puede darse más clara definicion del culto de las imágenes, ni más terminante y positiva abominacion de toda idolatría? No tengo datos para afirmar que V. se oponga resueltamente á toda especie de culto, y por eso no me determino á copiar aquí algunos párrafos de escritores que tengo á la vista, entre otros, del cardenal Gousset que pone en gran punto de claridad este asunto: pero estoy seguro de que V. mismo rendirá culto á varios objetos, simulacros, imágenes y representaciones, y que este culto será, ni más ni menos que el de los católicos segun la distincion teológica, *interno y externo*. Actos de esta última clase son los solemnes honores militares que exteriormente se tributan á la insignia llamada bandera ó estandarte: ¿y no sería un mentecato quien se burlase diciendo que usted descubria su cabeza ó saludaba reverente con el desnudo acero á unos pedazos de trapo de determinadas formas y colores?—Cuando se nos presenta á la vista en pintura ó escultura la imagen de una belicosa matrona *coiffée*, como dicen los franceses, de un gorro frigio, y que se dice ser representacion ó figura alegórica de la República ¿admitiria V. la acusacion de que los republicanos hacen demostraciones de honor á una muñeca? No ciertamente; y sin embargo, no es posible negar que tal acusacion tendria algun mayor fundamento: ese simulacro no representa un personaje, y ni siquiera una idea concreta, como lo prueba el *hecho* de que entre un millon de republicanos, suponiendo que lleguen á este número los de España, que es mucho suponer, no hay cincuenta que tengan la misma idea de la *cosa* que se quiere representar con tal muñeco. Los muñecos católicos, por el contrario, representan casi en general seres reales y efectivos, cuya existencia no niegan ni aún los mismos incrédulos, porque la tradicion y la historia se aunan para comprobarla, y hasta los más portentosos sucesos dan de ella testimonio. Así, pues, nada tiene de extraño, ni mucho menos de ridículo, que los católicos consideren como objeto de veneracion esos retratos, esas imágenes, que el poco reflexivo diputado titulaba sin asomo de razon muñecos.

En cuanto á la adoracion propiamente dicha, poco sabe quien ignore que *solamente á Dios* le tributan los católicos, y por eso llama la Iglesia al culto que damos al Ser Supremo culto de *latría* (1); el que se dá á los santos se llama, por el contrario, de *dulia*, porque no se los reputa dioses ni semi-dioses, á semejanza de los del paganismo, sino bienaventurados que, como tales, pueden ser y son nuestros intercesores y mediadores. Y como la principal intercesora y medianera, la santísima entre los santos, la *Mater purissima* es entre todos los seres humanos la que más quilates de perfeccion alcanzó, el culto que se la tributa no es en manera alguna el de la divinidad, sino el mismo que á los santos, pero con mayor fervor, esperanza, y confianza; por eso se le designa con una especie de superlativo, llamándole culto de *hyper-dulia*.

Sobre el culto de latría ó adoracion á Dios, dice Bossuet: «Consiste principalmente en creer que Dios es el Creador y Señor de todas las cosas, y en adherirnos á él con todas las potencias de nuestra alma, por la fé, por la esperanza, y por la caridad, como á Aquel que puede solo hacernos felices, por la comunicacion del infinito

(1) Esta misma voz griega es la que entra en la composicion de la palabra *ido-latría*.

Bien, que es Él mismo.»—Pero aun esta adoracion se preceptua que haya de ser purísima, y en nada parecida á la que puede tributarse á un muñeco; adoracion en espíritu y en verdad (1).

«Que los adversarios del cristianismo naciente (dice un escritor francés), acostumbrados á adorar ellos los ídolos como dioses, asimilasen á la idolatría el culto tributado á los mártires por los cristianos, error es que hasta cierto punto se concibe; pero que en estos últimos siglos, y aun en el día de hoy se califique así el culto tributado á los santos, esto sí que es imposible de comprender, sobre todo, despues de las terminantes declaraciones de la Iglesia acerca de este punto. Ya á los principios del siglo IV respondía San Agustín á los maniqueos, los cuales echaban en cara á los fieles el haber puesto á los mártires en el lugar de los ídolos, y les decía: El pueblo cristiano honra la memoria de los mártires con una solemnidad religiosa, para estimularse á imitarlos, asociarse á sus merecimientos, y ser ayudado de sus oraciones. Nosotros no ofrecemos sacrificios á ningun mártir, sino al Dios de los mártires, aun cuando erijamos altares sobre sus sepulcros. En efecto, ¿cuál es el sacerdote del Señor, que, asistiendo al altar en los lugares en donde hay cuerpos santos, haya dicho jamás: Pedro, Pablo ó Cipriano. os ofrecemos este sacrificio? Lo que se ofrece, á Dios se ofrece, que es el que ha coronado á los mártires, y el sacrificio se verifica sobre las tumbas donde los ha coronado, á fin de que la vista de aquellos lugares excite en nuestros corazones una caridad más ardiente, tanto hácia aquellos á quienes podemos imitar, como hácia Aquel con cuyo socorro podemos imitarlos (2). Nosotros no honramos, ni enseñamos á honrar más que á Dios solo con aquel culto que los griegos llaman *latría*, y que únicamente á la divinidad es debido: y como la oblacion del sacrificio pertenece á este culto... no le ofrecemos, ni ordenamos que se ofrezca á ningun mártir, á ninguna alma santa, ni á ningun ángel.»

¿Me argüirá el señor diputado con la supersticiosa creencia de algunos ignorantes—(¡la ignorancia es causa de tantos males!)—que desconociendo ser Dios solo el autor de ciertos prodigios, atribuyen á determinadas imágenes virtud y poder especiales? Entónces, despues de responder que esos pecan por ignorancia, continuaré copiando á San Agustín, que á las palabras citadas añade las siguientes: «A cualquiera que cae en error tan grosero, se le reprende por la sana doctrina, á fin de que se corrija, ó de que sea evitado.»

Quedamos, pues, señor y amigo mio, en que toda religion, toda causa, todo sistema, toda idea, tiene sus héroes y aun sus mártires, y hasta sus alegorías y sus símbolos; que todos se representan con efigies y simulacros; que si la estatua de San Pedro es muñeco, muñeco será tambien la de Mendizábal; que si podemos representar de busto al general Prim sin llamar muñeco á su imagen, la de aquel rey guerrero conquistador de Sevilla no ha de merecer este nombre tan solo porque la Iglesia le titule santo. La cuasi santa Isabel que unificó á España, enlazando la de Aragon á la corona de Castilla, y limpiando de las turbas agarenas nuestro extenso territorio, bien puede tener estatuas, ó si se quiere imágenes; ó por mejor decir, debieran éstas haberse multiplicado hasta lo infinito, si no fuéramos los españoles tan ingratos como ignorantes de nuestra historia: y si á tal imagen se le llama un muñeco; cómo llamaremos á esa señora de gorro colorado que nos está haciendo la operacion contraria, esto es desgarrando la España unida? Yo no me meto ahora en si la cosa es mala ó buena, porque aquí no hablamos de política; pero aun fuera

de ella, estoy, yo personalmente, más por los muñecos que representan union y fuerza, que por los que simbolizan debilidad, desunion, division y subdivision fragmentaria y cuasi atómica.

Por último, me ocurre una reflexion: si la representacion de Santiago á caballo merece el nombre de muñeco, muñeco tambien será la estatua ecuestre de Felipe III que estaba en la plaza Mayor: y entonces ¿por qué le ha tomado tanta tirria cierta clase de gente? Me dirán que arrancándole de aquel puesto que tan bien ganado se tenia su broncínea majestad, se ha querido hacer lugar para otro monumento: pues bien ¿qué me apuesta V. queridísimo constituyente, á que el nuevo simulacro contiene tambien alguno ó algunos muñecos?

Quedamos tambien, amigo mio, y esta será mi conclusion postrera, en que se puede creer ó no creer en los originales de ciertas representaciones ó efigies, que se puede tributar ó no respeto y honor á éstas en memoria ó consideracion de lo que significan; pero no es permitido, ni lícito, ni decoroso á una persona del talento y posicion de V., hacer como que desconoce lo que es una imagen, desnaturalizar la intencion de los que les rinden culto y homenaje, ni, sobre todo, vilipendiarlas llamándolas *muñecos*.

Lo peor es el mal ejemplo, y la perversion de ideas que causa entre la muchedumbre ignorante un *lapsus lingue* de persona tan autorizada; por eso, más que á usted, van enderezados estos desaliñados párrafos á las pobres gentes á quienes tan sin piedad están Vds. corrompiendo.

ANTONIO M. SEGOVIA.

COSAS DEL DIA

Vamos, no podemos quejarnos: la sublevacion de los guarda-cantones casi casi ha terminado por ahora; es decir, que por ese lado tendremos paz para ocho dias ó acaso diez.

Ha sido un desahogo patriótico, aunque federal, con el que se han lucido, demostrando todo lo de que son capaces, el gran guerrero Contreras, el eminentísimo hombre de Estado—(porque es casado lo digo)—D. Roque Barcia, y unos cuantos paisanos y militares, génios no comprendidos, pero que indudablemente están destinados á volver la patria del revés, y á ocupar en la historia la más triste de las páginas.

Valencia, Sevilla, Cádiz, Cartagena, Murcia, Alcoy, Alicante, Orihuela, Granada, la bombardeada Almería y otros pueblos, pueden dar testimonio de lo que es la república federal, porque no hay que hacerse ilusiones, los cantones organizados por las Córtes, vendrian á ser lo mismo que han sido ahora, organizados por unos cuantos locos de atar, por no darles el nombre que realmente merecen.

No nos ensañemos con los caidos, aunque ellos bien se ensañan con todo el mundo, y pidamos á Dios que abra los ojos á los politiquillos que están desgarrando el país hace tanto tiempo. No todo se ha de achacar á los federales, porque en verdad, como ya he dicho otras veces, ellos no son tan responsables como los radicales y los conservadores de la revolucion, que componen las cuadrillas de banderilleros que, dirigidas por sus espadas respectivos, nos las están poniendo de fuego hace cinco años.

Si V. vá á una casa de fieras y abre por gusto la jaulita del tigre y éste sale escapado haciendo mil destrozos, ¿quién será el responsable?...

Pues eso digo.

(1) «Spiritus est Deus: et eos, qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.»—(Ev. s. Joan, IV, 24.)

(2) Sabido es que la palabra *charitas* está aquí tomada en su verdadera acepcion de amor.



¡Qué lástima de país!

Todo consiste en que aquí nadie quiere ocupar el lugar que le corresponde y cuidarse de aquello para que tiene aptitud.

Ahí tienen Vds., pongo por caso, á Roque Barcia. Roque Barcia es un hombre de talento, un escritor notable; sus *Viajes*, su *Diccionario de los sinónimos* y otras obras, son bastantes para acreditarle, y el pícaro se empeña en ser hombre político, jefe de partido, para lo cual no sirve de ninguna de las maneras. Yo comprendo á Roque Barcia encargado de una biblioteca, académico... ¡pero político!... ¡Por María Santísima! como político es una calamidad.

El general Contreras ha sido un militar valiente, un buen jefe de caballería, pero se ha metido á politiquear, y ahí le tienen Vds. cometiendo el incalificable atentado contra Almería, y haciendo el más triste deslucido papel en la batalla de Chinchilla. ¡A sus años y con sus carnes!...

El Sr. Galvez dicen, y lo creo, que es un hombre de bien, y un excelente agricultor. Pues no señor; también quiere ser general de mar y tierra, y en fin, quiere ser lo que no puede ser.

Ahí tienen Vds. á Cervera, un gran médico, que nunca será más que un político de tres al cuarto. ¿Y qué me dicen ustedes del ateo Suñer?... ¿Puede verse político más inútil?... Pues ¿y Pi?... ¿Dónde me dejan Vds. á Figueras?... ¿Y el intrépido Ruiz Zorrilla?... ¡Y tantos otros que sin más méritos que *porque sí* han gobernado este desdichado país?

Ellos serán unos Salomones, que lo dudo; pero sumen ustedes los desastres que durante el mando de todos han venido sobre esta postrada nación, y convendrán conmigo en que cada uno de esos políticos es una calamidad insufrible, y todos juntos la ruina y el extrago y la destrucción de la patria. Concedo que tendrán buena intención, pero también concedo que tienen una ignorancia supina y una vanidad inmensa y una soberbia monstruosa.

Decía el otro día el federal Orense, padre, que suele decir algunas verdades, decía que el pueblo considera ya á los políticos como unos danzantes.

No va descamiado el federal mayor de esta república *pour rire et pour pleurer*; pero todavía no está el pueblo todo lo desengañado que debiera estar; todavía hay infelices que se prestan á ser carne de cañón, mientras los que los empujan al combate, se ponen en salvo ó cuentan con la impunidad; todavía hay padres de familia que van á batirse para encumbrar á un ambicioso que se ríe de ellos,

Todo esto lo he dicho muchas veces; pero entiendo que debe decirse siempre, á ver si se logra que el pueblo se aficione más al trabajo y menos á la política, y sobre todo, no se fie de los que le prometen muchos bienes que nunca llega á ver el infeliz.

Trabajo, religion, familia. Esta debe ser la bandera del pueblo.

¡Cuándo llegará el día en que gobiernen el país la virtud y el verdadero talento y los españoles se unan para trabajar en la reconstrucción del país arruinado y perdido!

¡Dichosa revolucion de Setiembre! ¡qué fecunda ha sido para el mal! ¡qué estéril para el bien!

MODAS, GUERRAS Y OTRAS FRIOLERAS.

No hace muchos días que los periódicos noticieros intercaban entre una boda y un asesinato la noticia de que en el canton murciano había empezado á reformarse la moda, siendo muchos los soldados que recorrían la capital con calzoncillos.

Si se compara esta moda con la de pasear en cueros, que trató de introducir un jóven en la calle Mayor de la villa ex-coronada, la moral iba ganando algo; pero si se atiende al rigorismo de la ordenanza, fuerza nos será confesar, que los soldados del canton murciano se acreditaban de anti-ordenancistas.

Posteriormente hemos sabido á quien se le puede atribuir la invención de la moda: el ex-general Contreras, despues de la furiosa acción de Chinchilla, donde la advertencia de un cañonazo sirvió para motivar la precipitada fuga del temible ejército separatista, recurrió también á la estratajema de montar á caballo en mangas de camisa, dejando su uniforme prisionero de las tropas del Gobierno.

Meditemos.



La acción se libró en Chinchilla, pueblo que pudiéramos llamar de circunstancias, dado el calor de la estación, y á pesar de las *corrientes nórdicas*, que anunció un astrónomo madrileño.

El ex-general, á pesar de sus desgracias, es muy grueso y sufre más que otro cualquiera los efectos del calor.

Dormía la siesta.

De repente, y cuando soñaba con delectación, recordando el bombardeo de Almería, un cañonazo le hizo despertar.

Pero por muy rápido que había sido todo esto, su ejército le había abandonado. Suspiró, recordando la seguridad que disfrutaba cuando era prisionero del comodoro prusiano: buscó á Pernas, y Pernas no estaba allí; buscó á Galvez y Galvez había desaparecido también.

Entonces, sin ponerse siquiera el uniforme, montó en un caballo trabajosamente y tomó, según unos, el cielo con las manos, y según otros, el camino de Cartagena, donde le esperaba Roque Bárcia, perorando á la multitud.



Así terminó aquella gloriosa jornada, digna de la inspiración de Offembach.

Sobre el campo de batalla se veía una inmensa montaña de paño azul.

Los soldados vencedores se acercaron creyendo cojer diez y siete ó diez y ocho prisioneros y vieron que lo que parecía un grupo de cadáveres era el uniforme del ex-general Contreras.



Poco despues de los sucesos referidos, el general Pavia entraba en Granada, y podía convencerse de que aun existían muchos abencerrajes en aquella población.

El mismo día entraba en Murcia el general Martínez Campos y la población se descantonizaba.

Peco y su partida se ocultaban en Despeñaperros y el Gobierno podía considerar vencida la insurrección.

Solo Cartagena queda en pié y con grandes y fundadas esperanzas de sostenerse. No ciertamente por la unión de los insurrectos ni por su formidable artillería, sino por el discurso que preparaba Bárcia para cuando llegase á sus puertas el ejército sitiador.

Esto explica que se mandasen el miércoles á los sitiadores ocho coches llenos de municiones.

¿Qué ejército puede resistir con menos elementos los formidables discursos del antiguo director de *La Justicia Federal*?

Nosotros hemos logrado recoger los apuntes del futuro discurso, que dice así:

«Republicanos, se os engaña.

«Republicanos, se os miente.

«Republicanos, se os mistifica.

«Oid.

«Oid.

«Oid.

«Yo soy la verdad, y la justicia, y la federación, y la síntesis del progreso.

«Castelar, eres un sábio.

«Castelar, eres un memo.

«Castelar, eres un traidor.
 «Póstrate de rodillas.
 «Cíñe á tus riñones una cuerda de esparto.
 «Hasté una cruz en la frente con la ceniza de un cigarro y otra en la barriga con una brocha gorda.
 «Come legumbres.
 «Bebe peleon.
 «Yo te bendigo, ángel de la democracia.
 «Y vosotros, soldados, sois unos bandidos.
 «No digais á nadie que se os oprime.
 «No digais á nadie que comeis rancho.
 «No digais á nadie que teneis madre.
 «Si es que la teneis.
 «Que lo dudo.
 «Yo os ofresco una onza de oro y la licencia absoluta y la cruz de San Hermenegildo y el collar de la Legion de honor.
 «Yo he declarado la guerra á Prusia.
 «Ya me conoceis.
 «Sed héroes un momento y grabad en vuestras almas esta alocucion escrita y firmada por

ROQUE BÁRCIA.

La anterior alocucion ha sido ensayada ante los cartageneros, en el tablado de la música, entusiasmado al auditorio. Quién le ha tirado un cigarro de tres cuartos, quién una petaca de cordoban, quién almendras... En fin, hasta los republicanos benévolos que estaban en el casino, no sabiendo que tirarle, le tiraron un tiro.

Pero, miento; esto fué al ciudadano Cárceles, otro de los héroes de la epopeya federal que parece acabará antes de acabar con nosotros.

Ya van llegando á Madrid todos los diputados que más ó menos directamente han causado las sangrientas escenas de Sevilla y Cádiz, Málaga y Granada, Valencia y Cartagena.

La estatua de *La Ley* se ha desmayado.

El Gobierno tan tranquilo y la opinion pública tan impasible.

Esto es prueba de que todos nos vamos federalizando.

Pero la impunidad no puede ser eterna. Si Contreras, el héroe de Almería, se dispone á salir de España; si Pierrad, el héroe de Sevilla, se encuentra en Lisboa tranquilamente; si Albarracin, el héroe de Alcoy, celebra sus triunfos desde Marsella; si tantos y tantos otros han burlado, burlan y burlarán la accion de la justicia humana, el remordimiento llamará algun día á sus conciencias; sus ojos no bastarán, aun cerrados, á ocultarles las consecuencias de su obra, y entonces serán rojas de sangre las calles de nuestras ciudades, derruidos por la piqueta impía los templos del Señor, destrozadas las casas por las bombas, convertidas en cenizas las fábricas, perdida nuestra Marina, objeto la pátria de la sangrienta befa de las naciones extranjeras, y sin hogar, sin pan y sin trabajo, vagando por los pueblos, las tristes viudas, los desamparados huérfanos por las contiendas civiles de esta época tristísima y funesta.

Los ejecutores de la justicia, bien han hecho las Córtes en suprimirlos. La pena de muerte podia aplicarse antes á los asesinatos de los hombres; pero es muy mezquina para los asesinos de los pueblos.

¡Que decreten las Córtes la abolicion de la concienzial!

CASCABELES

En Cádiz, segun han dicho los periódicos, fueron atropellados dos hermanos de la benéfica asociacion de la Cruz Roja.

Reservado estaba á los cantonistas cometer semejante ini-

quidad. En todos los países civilizados la Cruz Roja es sagrada para los combatientes. Y tenemos entendido que las tropas que combaten á los carlistas, y estos mismos respetan como deben, á los individuos de la Asociacion.

Los *funerales*, ó *federales*, son los únicos que se permiten tales barbaridades.

Los francos galáicos (¡buenas firmas!) despues de robar cuanto han querido en los pueblos por donde han pasado, se han metido en Portugal.

¡Qué angelitos!

¡Y pensar que por pagar á los francos no se ha pagado el cupon!...

Este Gobierno empieza ya á mirar con malos ojos á los generales que han vencido la sublevacion cantonista, porque no son republicanos.

Es natural, la cabra siempre tira al monte.

Se ha repartido el número 4 del tomo 8.º de *Los Niños*, que contiene lo siguiente: *Descripcion geográfica de España*, por Caballero de Rodas.—*La venida del dia*, por Arnao (con láminas).—*El príncipe de la Cresta*, por Perrault (con dos viñetas).—*El gran secreto*, por Montes.—*El fanfarron*, por Guerrero (con láminas).

Recomendamos esta amena y útil publicacion á los padres de familia.

Dicen que ya no vendrá por ahora el duque de la Torre á Madrid.

Si habia de venir á hacer otra como la de la plaza de los toros, bien se está por allá S. E.

Las clases conservadoras pueden estar muy agradecidas en verdad á esos *conservadores de la revolucion* (¡bonito título!) que son la causa de todos los males del país.

A las Córtes se van á enviar las causas de los asesinos é incendiarios complicados en el jaleito cantonal para que aquellas resuelvan.

Pues bastante hemos hablado.

Rocheftort, el famoso escritor republicano francés, que no asesinó ni incendió, ni hizo más que escribir en rojo, ha sido llevado á Caledonia nada menos, sin que le hayan podido valer sus grandes influencias ni su arrepentimiento, ni la consideracion de que es un hombre de gran talento.

En Francia se cumplen las leyes, y nadie juega con los tribunales, ni puede contar con la impunidad.

Aquí tambien.

Este año va á estar brillante el teatro de la Zarzuela. Buena compañía y buenas obras tiene la empresa, y buencs deseos de levantar el género lirico dramático, y hacer olvidar los desatinos de los bufos.

Salas dirige el teatro, y hay ya obras de Eguilaz, Puente y Brañas, Coello, Herranz, Ramos Carrion, Pina y Frontaura, mi amigo, con música de los músicos más aplaudidos.

Ahora solo falta que haya paz y no nos cantonice, porque entonces me escamo; ni la empresa podrá vivir y los escritores tendremos que hacer un canton y bombardear al Congreso para que larguen la mosea los diputados.

El famoso pleito del *Matrimonio* se vende muy bien, y pronto habrá que hacer segunda edicion, á pesar de que la primera ha sido numerosísima.

Y eso en estos tiempos de canton. Si hubiera paz, se habian

vendido á estas horas 50.000 ejemplares del amenísimo libro que tanta fama ha dado á los litigantes Guerrero y Sepúlveda.

A propósito de este señorito; en Zaragoza se halla escribiendo el principio de otro libro que no ha de ser menos famoso que el *Pleito*, y en el cual tomarán parte los más acreditados escritores.

Con sumo placer hemos leído el nuevo libro que con el modesto título de *Escalas*, acaba de publicar el joven escritor D. Cirilo de Cortazar.

Contiene el libro buen número de composiciones en prosa y verso, entre las cuales son muy de notar varios artículos de costumbres escritos con muchísimo donaire. Por la muestra que de su ingenio nos acaba de dar el Sr. Cortazar, entendemos que España cuenta con un nuevo escritor de costumbres dotado de gran talento observador y de buen gusto literario.

Saludamos con júbilo al joven autor, y le deseamos grandes triunfos en su carrera; seguramente los obtendrá.

En otro número de EL CASCABEL copiaremos alguna de las donosas composiciones de este bello libro.

Retiramos otros originales para dar cabida al precioso artículo del discretísimo escritor D. Antonio M. Segovia, que seguramente agradará mucho á nuestros sensatos lectores.

LAS ESTRELLAS DEL SERRANO

LEYENDA ORIGINAL

DE

MANUEL M. CABALLERO DE RODAS

(Continuación)

—Nada me debéis y más bien yo soy quien os estoy obligado. Pero dejando esto aparte, comenzaré mi breve relación. Mi abuelo Mateo Yañez del Moral era un hidalgo pobre de la ciudad de Lorca en el reino de Murcia. Esto de la pobreza parece ser hijuela de la familia. Pero aquel mi abuelo era arriscado y muy fuerte, y después de haber sido page en la ilustre casa de Fajardo, formó parte de los hombres de armas de su mesnada, con la cual acudió á la hueste real de D. Fernando á la toma de Granada y la guerra que la preparó. Disuelta la hueste, y rodando mi abuelo por las Alpujarras, encontró en Ujijar cierta garrida moza morisca bautizada, por nombre Isabel de Armilla, que fué mi abuela. Esta le llevó en dote un pegujal regular, que dejó de serlo al partirse con mi padre, dos hermanos y tres hermanas. Mi padre se llamaba Miguel, fué soldado valiente; pero habiéndose inutilizado en Italia, quedando cojo en la toma de Gaeta y joven, se volvió á la serranía, donde ya harto entrado en años tomó estado con mi madre Inés de Campotejar. La mucha edad no impidió á mi padre el tener siete hijos, de los cuales yo fuí el cuarto. Nuestro caudal apenas bastaba para vivir tantos. Mi hermano mayor ha estado siempre al cuidado de la corta hacienda, el segundo se hizo clérigo, y es hoy beneficiado en Orjiva, y yo, que me crié con un mi tío en la vega, á los 17 años me hice soldado, tomando plaza en una compañía de caballos de la costa. Aquella ocupación no era de mi gusto; se guerreaba poco ó nada; alguna que otra algara de los piratas de la mar que iban á merodear ó hacer cautivos á las playas. Dejé, pues, la compañía y me partí para Oran, porque en aquellas partes se peleaba gentilmente. En muchos trances de guerra me encontré, ya manejando un arcabuz pié á tierra, ya en la caballería ligera. Por doquiera era estimado, lo cual, no embargante, mis medros eran ningunos. Así pasaron un par de años, teniendo yo algunos dineros por mercedes de mis cabos, y al par no pocas rasgaduras en mi piel, hasta que, hallándome en Mazalquivir bajo la conducta del muy famoso caudillo D. Martín de Córdoba, el día 7 de Mayo de 1563 en que dió cinco asaltos á los fuertes Asan el rey de Argel, reci-

bí en el último un arcabuzazo en los riñones que me dejó como muerto. Retiraronme y no volví en conocimiento sino ocho días después, cuando ya la plaza estaba libre y el enemigo vencido. D. Martín me vió, me consoló, mandó que me tratasen como á su misma persona y puso bajo mi cabecera cincuenta doblas de oro. Curé y dos años más tarde formé parte de la hueste de 12.000 soldados que mandaba D. Alvaro de Sande y que fué en socorro de Malta que se hallaba en mal trance embestida furiosamente por el turco Mustafá. Allí era yo sargento de arcabuceros. Se batió el cobre de lo lindo. Yo corriendo tras de los turcos hácia la playa tuve una caída peligrosa, pero al fin pude seguir mi bandera y me torné á España á descansar un poco.—Tenía unas cien doblas que repartí entre los míos, quedándome horro, porque tenía mis manos y mocedad.—El año pasado un emisario reclutaba gente para alzar pendones con secreto en pró del príncipe D. Carlos, hijo de nuestro rey D. Felipe. Buenas proposiciones se me hicieron: yo no nací para rebelde, que heredé de mis mayores la lealtad. Todo lo que de mí pudieron recabar fué que no delatase al príncipe malsin y á sus secuaces, y no fué poco. Por mi fe que creo que hice mal, que la traición á más de ser cosa abominable, se ensoberbece con la impunidad. Por de pronto

Empecé pagando mi fieltad, que así vá el mundo. Andaba á la zaga de un buen puesto, el de capitán en los tercios del duque de Alba ó de D. García su hijo; mas se atravesaron enemigos, porque á los príncipes y grandes no les faltan viles aduladores y mis servicios quedaron sin paga. Viéndome en tal situación, no sabiendo holgar y queriendo dotar bien á mis hermanas, determiné de pasarme á las Indias y en esta ocasión me habeis conocido. Tal es mi vida.

—Dadme esa mano honrada, buen Alonso, dijo Alvaro conmovido. Rubor tengo de ser vuestro alférez, yo que no hice nada en mi vida. Vos debíais ser mi capitán y yo vuestro soldado. Mas por mí la cuenta, que si el cielo me favorece, Alonso del Moral Campotejar reparará las injusticias de una fortuna enemiga.

—Harto conocidos tengo los vuestros sentimientos y no hay para que os diga si os estoy obligado. También sé á qué atenderme acerca de los vuestros. Pero viniendo al caso presente y aunque os llevo lo menos un lustro de la edad, quiero tomar consejo de vos sobre el asunto de mis amores con esta garrida castellana que, en verdad os digo, me ha sorbido el seso.

—Sí haré, puesto que os quiero y estimo. Páreceme asaz bien la moza y créola bastante á labrar la ventura de un hombre bueno que sepa endilgarla por buenas sendas. Fáltaos ahora conocerla un poco más y persuadiros que no ha sido un capricho pasajero y como para matar ócios lo que siente por vos. Una postrera advertencia páreceme que debo haceros: curad mucho de bien conocer al veedor. Tengo para mí que el Sr. Francisco de Toro es un tanto redomado. Justo es y razonable que un padre procure la mayor conveniencia para su hija; mas como dicen los libros santos, que tantas veces me puso delante de los ojos su merced de mi buen padrino, no solo de pan vive el hombre, y m nester es procurar otras ventajas que los dineros no pagan. Háme parecido, así Dios me salve, que el buebo del veedor no pone el mejor rostro á estos amoríos y que prefiriera que la su hija hubiese puesto los suyos, más bien que en vos, en el Sr. Tirso del Campo, que al remate es capitán de soldados y está más propinquo que no vos á ser maese de campo, ó á lograr alguna buena tenencia en tierras nuevas de conquista. Esto me parece; pero páreceme también que si sabeis manejaros, nada perderéis, porque desde luego podeis contar con la afición de la doncella y por lo demás, Dios proveerá.

En estas y otras pláticas pasaron largo rato nuestros dos aventureros hasta la hora de cenar y de recogerse, mientras navegaban por aquel ancho piélago en que, en los días que hemos alcanzado, apenas la bandera de España ondea sobre sus aguas.

Aquellas aguas las surcaron navecillas españolas de poco más de cien toneladas, mandadas por el insigne Magallanes, que desembocó del estrecho de su nombre en 1520. Más tarde nos ocuparemos de esta famosa expedición y de las otras cuatro que la siguieron hasta la posesión de Filipinas desde el extremo Sur

de Mindanao hasta los confines de Cagayan en Luzon. Por el momento solo diremos, para establecer algunas pequeñas comparaciones, que al viaje de Magallanes, terminado tres años más tarde por su piloto Elcano, primer circunnavegante, siguieron otros cuatro.

El de D. García de Loaisa en 1525, continuado por el mismo Elcano, Alonso de Salazar y Martín Foiguez.

El de Alvaro de Saavedra en 1523.

El de Rui López de Villalobos en 1542.

El de López de Legaspi en 1564.

Hasta las antedichas expediciones el Grande Océano solo era conocido en las costas de ambas Américas que dan sobre él, de manera que se ignoraba por completo si se escondían en él nuevos continentes ó islas; pero islas ó continentes, un nuevo mundo se abrió ante los tajamares de las naves de Castilla; que tal ha sido el destino de nuestra raza, aunque también el de que hayan quedado oscurecidos sus altos hechos pasados. De los presentes no puede en verdad envanecerse y le valdrá más callarlos.

Y para recordar la prioridad de nuestros navegantes por el piélago más extenso del planeta que habitamos, hé aquí una rapidísima reseña de los principales viajes hasta comenzar el segundo tercio de este siglo, en que las facilidades de la locomoción marítima hacen ya de los largos viajes un hecho vulgar.

Hurtado y Grijalva reconocieron una buena parte del Pacífico; pero no escribieron, ni nadie por ellos!

Alvaro de Mendaña hizo dos viajes; uno en 1587; otro en 1595. No se trataba ya de Filipinas ni de buscar nuevo camino para las islas de la Especiería ó Molucas. Descubrió este navegante multitud de grupos importantes de islas, entre ellas las de Salomón y las Marquesas. Fué también el primero que vió la mayor isla del globo; la Australia ó Nueva-Holanda.

Hacia 1603 ilustran los análisis marítimos de España con grandes descubrimientos, sobresaliendo el archipiélago de Hahiti, el del Espíritu-Santo ó Cycladas, la Nueva Guinea ó Papuasias y otra parte de la Australia, los famosos Hernando Quiros y Torres.

Aquí, por no faltar al orden cronológico, se atraviesa ya un navegador extranjero, que más que en la ciencia pensaba en el daño y la depredación de España; el inglés Drake, que pasó el estrecho de Magallanes en 1597 y su compatriota Cavendish, que fué de California á las Marianas, sin descubrir nada.

También surcan el gran mar, sin añadir una línea á los fastos geográficos los holandeses Van Noort y Cordes en 1606, y Spielberg en 1616. Poco después ya descubrieron algo Schouten, holandés y el francés Lemaire, con los que empieza la serie de extranjeros navegantes oceánicos, que se continúa de esta manera.

En 1619 y 1620, Hertey, Edels y otros de las Provincias Unidas.

En 1642 y 43, Tasman, el más célebre y el más modesto de los holandeses.

En 1633 aparecen los ingleses que después y en nuestros días, monopolizan la navegación de las regiones australes, con los franceses. Abren la marcha entre aquellos Cowley y Dampier.

En 1622 y 1741, Roggewin y Auson.

En 1764, 65 y 67, Willis y Carteret.

Por aquella época da honor á su patria el francés Bougainville y luto el desdichado Lapérouse.

Desde 1769 á 1779, llena el mundo con su nombre, y con justicia, el capitán Cook, tipo del navegante descubridor.

Y ya entonces surcaron aquellas aguas con honor Surville, d'Entrecasteaux, Blig, Wilson, los rusos Krausectern, Kotzebue, Billingshausen, Freycenet (1), Dupérrey, Porter, Beechey, LaPlace, Dillon, y el más afamado, Dumont d'Urville, que tan tristemente pereció en un siniestro de ferrocarril de Versalles á París.

Más gracias al que nos trajo las gallinas. Sin embargo, hoy es el día en que tres naciones hacen comercio en aquellos interesantes grupos de islas descubiertos por los españoles, poseen los

(1) Este navegante francés llevó consigo un dibujante, Estéban Arago, que pretendiendo describir el viaje, ha hecho un libro en que hay tantos desatinos como párrafos. Sin duda por no ir más en su compañía murió el pobre capitán allá cerca del Cabo de Hornos.

mejores, é influyen en todos: estas naciones son la Gran Bretaña, Francia y los Estados-Unidos de América. España, en tanto, hace comercio de pronunciamientos y viajes cortos de emigración política. Así la dejaremos para volver á bordo del *Santiago* que lentamente llevaba su proa en dirección de las islas de los Ladrones, que no se llamaron Marianas hasta un siglo después.

Guerreros ó letrados, campesinos y gentes de la ciudad, donceles ú hombres provecos, cuál más, cuál menos, todos entienden de achaques de amor; cuál más, cuál menos tuvieron amores, con las raras excepciones de algunos pobladores de cláustros y aun entre estos, si hay algunos llamados por irresistible vocación, otros buscaron en ellos refugio contra las tempestades y las pasiones del mundo.

No sabemos si el capitán Tirso del Campo estaba realmente enamorado de la guapetona de Beatriz de Toro, ó si solo sentía por ella un afecto pasajero, nacido del que siempre inspira la hermosura y alimentado por los ocios de una larga travesía marítima. Lo que sí sabemos es que el galán se aparcibió presto del estado del corazón de nuestro amigo Alonso, que no era rival despreciable.

Tirso era también un soldado de fortuna, con la cabeza más llena de viento que de dineros la limosnara que pendía de su costado diestro sobre las aldetas de su jubón de sarga doble color verde pistacho. No era el mozo de condición torcida; lo único que le hacía un tanto repulsivo era su aire de suficiencia, su continente más que medianamente arrogante y el grado que había obtenido por su fortuna y aun podemos añadir que no lo ganó de balde, sino á fuerza de dar y recibir duros golpes en más de cuatro funciones de guerra en uno y otro hemisferio.

Con condiciones tales y sin despreciar al sargento, hizo como que nada conocía y dióse á galantear á la hija del veedor, sin recatarse mayormente del padre.

No es nuestro ánimo seguir el curso de estos amores al por menor: fueron en nuestra historia un episodio insignificante, que dió algunos malos ratos al galán alpujarreño, el cual, al fin, era cortado á la manera de los demás hombres y su prudencia no impidió que estallase á bordo una contienda, dando por resultado un desafío para cuando en tierra saltasen. ¡Achaque crónico de nuestro carácter peleon!

Pero la tierra primera que habían de tocar todavía estaba lejos. Navegaban lentamente por aquel inmenso mar donde durante más de media docena de expediciones ningún navegante las encontró hasta las Marianas; que la Providencia reservó esta gloria á Alvaro de Mendaña, como va dicho, diez y nueve años después de aquel en que surcaba el Pacífico la nao *Santiago*.

A mediados de Febrero de 1569, estío del hemisferio austral, encontráronse nuestros viajeros en alto grado de aburrimento y para colmo de males, la mayor parte de los víveres se habían averiado, y el agua, que iba escaseando, comenzaba á tomar un saborcillo que la hacía repugnante. Por aquel tiempo y sufriendo continuas calmas, hubo que poner á la gente á media ración. Las murmuraciones y quejas de á bordo fueron en aumento y desde luego podía conocerse quienes de los que encajonados en cuatro tablas entre los abismos del mar y de los cielos estaban dotados de más prudencia y de más fortaleza. El ánimo entero no es el que en un momento dado arrostra un gran riesgo, ni el del insolente duelista, plaga de la sociedad, sino el del que le conserva en situaciones difíciles de la vida, que no es dado declinar.

La penuria de víveres y su mal estado, el mal humor, la nostalgia, los impotentes furros, comenzaron á minar la salud de aquella gente, presentándose una cruel dolencia. A los atacados de ella se les hinchaban las piernas con grandes dolores; después el edema ganaba el vientre, el doliente se volvía sombrío, evitaba con horror el camarote ó el sollado y arrojado á las bandas ó aconchado contra una lanchara, dejaba la mísera existencia, teniendo por perspectiva su sepultura en el mar, envuelto en un petate ó en un fementido coy.

Esta dolencia es el terrible escorbuto, que cuando encuentra una tripulación suele no detenerse hasta dejarla en cuadro, cuan-

do no la extermina. Dicese que el mejor medio para el escorbuto, quizá el único, es la sombra de una higuera. Con esta pintoresca frase se da á entender que el pisar tierra es lo que salva. Determinan la invasion de esta dolencia el agua mareada ó descompuesta, el uso exclusivo de carnes saladas, el bizcocho mohoso y puede que las larvas que en él depositan los insectos que lo atacan, la gran penuria y la pasion del ánimo. Se desenvuelve lo mismo en las grandes calmas de los mares ecuatoriales que en la detencion forzosa entre los hielos de los mares polares.

Dos solos medios tenia nuestra expedicion de combatir los estragos del escorbuto á bordo, escasos en verdad, pobres y no de eficacia decisiva: llevaban carbon en abundancia, con el cual neutralizaban un tanto la corrupcion del agua, filtrándola por él, y el vinagre, que mezclado con ella, refrigeraba un tanto á los enfermos y prevenia un poco la invasion del mal en los sanos. Otro medio habia aun; la abnegacion de unos cuantos que arrojando el peligro con sereno y caritativo valor, daban parte de sus raciones á los enfermos y apocados, prodigábanles consuelos, los confortaban y animaban con éxito. Entre estos seres, que tan fieles eran á su mision sobre la tierra, fuerza es contar á nuestros amigos Alvaro y Alonso del Moral, al buen capitán Andrés Bermudez, el P. Montiel, y á los aventureros Tirso del Campo y Rodrigo Quijano. No hay que añadir que, además de los dolientes, eran objeto de especial cuidado las mujeres: trátase de españoles y de españoles de aquel siglo, en que la rudeza estaba en las manos y tal vez en la testa; pero los corazones eran blandos á ciertos sentimientos, cuando no los animaba el ardor de la batalla ó la insana ambicion ó las sencillas típicas de nuestra raza.

Una de las personas que mereció especial compasion en aquel pobre buque, fué la gentil Beatriz de Toro. Su padre sucumbió á los pocos dias de declararse el escorbuto, sin que bastasen socorros humanos á salvar su vida. El amor paterno hizo que en sus últimos momentos se sobrepusiese al abandono, á la atonia moral que es sintoma de aquella dolencia, para recomendar su hija al capitán, á los demas oficiales y á aquellos de los pasajeros cuya discrecion le era notoria y espiró con el consuelo de que no quedaria abandonada del todo mientras alentasen los hidalgos pechos de aquellos hombres. Renunciamos á describir el dolor de la huérfana castellana, para quien, en tan duro trance, era débil lenitivo la seguridad de que conservaba amigos y entre ellos, aspirantes á su corazon. Su situacion á bordo era bastante delicada; su porvenir nebuloso.

Con espantosa rapidez se aclaraban los filas de los míseros habitantes del movable edificio; apenas quedaba gente para la maniobra que no hubiera podido hacerse si el tiempo hubiera sido récio. Ya los víveres eran insuficientes; ya el agua, cada dia más corrompida era un tósigo más que un refrigerio, cuando á los cuatro meses de la salida de Acapulco, extenuados los que sobrevivian, cubierto el puente de moribundos, viéronse nubes que empañaban los horizontes y que luego cubrieron el cielo, produciendo á poco un fuerte chubasco. El buque, que se hubiera creido petrificado sin el flamear del velamen sobre los mástiles, aunque muellemente, pareció como que respiraba y al impulso de una buena brisa tomó un andar de seis nudos. Aquella calageria, aquel chubasco, á que siguieron otros, dió ánimo á nuestra gente. Habiendo *derrivado* un poco á causa de las corrientes, navegaban poco más ó menos por el 10° paralelo en la especie de ángulo que forman las islas Marshall y el prolongadísimo grupo de las Carolinas. Los fenómenos atmosféricos que experimentaban nuestros navegantes eran debidos á la proximidad de todas estas tierras, que presentian, aunque desconocian. Al querer rectificar un poco la derrota, rozó la quilla del buque, perdiendo la parte baja del tajamar en un banco junto á la isleta de Gaspar Rico.

Al fin con mil trabajos y sin perder la esperanza, avistaron el archipiélago de los Ladrones que consta de más de siete paralelos latitudinales y llenos de ansiedad y mermados en más de dos tercios, lograron echar el ancla en la isla de Guam el 20 de Abril de 1569.

(Se continuará.)

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PARA

LOS NIÑOS DE 8 A 16 AÑOS

DIRIGIDA POR DON CÁRLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS ESCRITORES
Y DE LOS MEJORES ARTISTAS.

CUARTO AÑO DE PUBLICACION

Una suscripcion por el año 1873 á *Los Niños*, es el mejor regalo que puede hacerse á un niño ó una niña.

Publica artículos morales, novelas, poesías religiosas, anécdotas, cuentos, comedias infantiles, nociones científicas, biografías, retratos, lecciones de historia de España y natural, todo en forma amena y al alcance de los niños.

Salen tres números cada mes, ilustrados con preciosos grabados.

Cuesta la suscripcion: en Madrid, 12 rs. por tres meses, 22 por seis y 40 por año. En provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Van publicados siete magníficos tomos que se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias cada uno. Contienen originales de los más eminentes escritores y unos 600 grabados

Continúa la misma empresa publicando además un periódico en miniatura, titulado

LA PRIMERA EDAD

con preciosos figurines iluminados, acuarelas y lindos juguetes.

Se admiten suscripciones á este precioso periódico á 22 rs. por año; pero á los suscritores de *Los Niños*, sólo se les cobrará 14 rs. por año.

CUENTOS DE SALON

Se han publicado, y están de venta en la Administracion de EL CASCABEL, las siguientes novelas de esta popularísima Biblioteca:

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro, por Guerrero. Dos tomos.

El Hijo del Sacristan, por Frontaura. Dos tomos.

La Manzana de la discordia y El sueño de la felicidad, por Guerrero. Un tomo.

Las madres, por Frontaura. Un tomo.

Anatomía del corazon, por Guerrero. Dos tomos.

El Matrimonio, por varios autores. Un tomo.

Cada tomo cuesta 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

LIBRERÍA DE EDUCACION

DE LOS

HIJOS DE DON JOSÉ GONZALEZ.

calle de Vergara, núm. 10, inmediato al teatro Real.

Tenemos el gusto de participar al profesorado en general y especialmente á los antiguos correspondientes de la casa, que hallándose terminados los trabajos de testamentaria y deseando recuperar el credito que esta casa gozaba, y atendiendo á los adelantos que en este ramo existen desde aquella fecha y queriendo complacer á los que nos honran con su confianza además de contar con todas las obras que gozan de gran crédito, no omitimos gásto ni sacrificio para adquirir todas las que constituyen algun progreso ó están llamadas á llenar algun vacío en las infinitas con que contamos.

Además para atender al mensaje de las escuelas estamos en comunicacion con las primeras casas extranjeras con el fin de adoptar todo lo que sea útil y aplicable á nuestro país.

También tenemos montado un gran taller de encuadernacion para mejorar todo lo posible, no obstante el ínfimo precio en que damos nuestras obras, la mejor encuadernacion que hasta hoy conocen los señores profesores.

Nos ocupamos en confeccionar el catálogo que no dudamos será con ventajas á los conocidos hasta el día y que remitiremos á todo el que lo solicite.

MADRID.—1873

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)